

Una historia de la filosofía
33 Meditaciones de Descartes 2
Por el Dr. Arthur Holmes de Wheaton College

Bien, vayamos al grano, por favor. Esta tarde, analizaremos las Meditaciones 3 y 4 de Descartes, que, como pueden ver, he titulado «Descartes sobre Dios y la razón humana». De la segunda meditación, sacamos, en realidad, dos conclusiones.

Una es que existo, como ser pensante, y la otra, que es en realidad un corolario de esto, es que, como ser pensante, tengo todo tipo de ideas, incluyendo la idea de Dios. Ahora bien, si ese es el caso, si tenemos esas dos conclusiones, tenemos, en realidad, dos premisas posibles para argumentar a favor de cualquier otra cosa, como la existencia de Dios. Todavía no tenemos premisas que aseguren la existencia de un mundo material ni la intencionalidad ordenada de la naturaleza.

aún no hay posibilidad de argumentos cosmológicos o teleológicos para la existencia de Dios. Solo tiene como base su propia existencia como ser pensante y las ideas que piensa. Y, sin embargo, considera que eso es suficiente.

Comienza considerando los diferentes tipos de ideas que tenemos. Existen tres tipos de ideas. Hay algunas que él llama innatas, aunque, como veremos, no son del todo innatas en el sentido platónico, derivadas de una existencia previa.

Son innatas, más bien, en el sentido de que las ideas claras y distintas son innatas, propias de nosotros, y surgen espontáneamente. Hay otras que son accidentales, y el término «advenimiento» puede darnos una idea de ello. Nos llegan por causas externas.

Ideas que, por nuestra parte, son involuntarias. Son independientes de mi voluntad, ideas involuntarias. Son ideas que nos enseña la naturaleza.

Así lo expresa de otra manera. Es decir, en el curso de la experiencia, adquirimos estas ideas, aparentemente debido a causas externas, adventicias. Y luego hay otras ideas que son artificiales, ideas de las cuales yo soy la causa, y yo, en ese caso, las ideas voluntarias, como mi idea de una jirafa de hadas con alas de mariposa, que formé a partir de todo tipo de otras ideas.

¿Lo ven? Así que, tres tipos de ideas, y, de hecho, en este capítulo sobre la existencia de Dios, lo que hará es argumentar que la idea de Dios no es ficticia, lo cual yo causé. Es más bien involuntaria. Por lo tanto, no es ficticia.

Y, en segundo lugar, argumentará que la idea de Dios no es simplemente accidental. En el sentido común, es distintiva porque posee la más completa realidad objetiva.

Así pues, los dos primeros de estos tres puntos de partida para argumentar la existencia de Dios se relacionan con la idea de Dios.

¿De acuerdo? Y la tercera tiene que ver con su propia existencia como ser pensante. Así que va a usar ambas conclusiones, que también surgen de la meditación. ¿Está claro? De acuerdo.

Ahora bien, permítanme concentrarme, inicialmente, en lo que dice sobre la idea de Dios. Entre mis diversas ideas —dice— sobre animales y todo tipo de cosas, la idea de Dios parece ser distintiva en ciertos aspectos. Ahora bien, como afirma que la idea de Dios tiene una realidad objetiva, es una idea muy realista, tiene que definirla.

Ninguna idea vaga e indefinida puede tener esa realidad objetiva. De hecho, parece identificar claridad y distinción. ¿Recuerdan ese viejo criterio para una concepción intuitiva? Parece identificar claridad y distinción con la realidad objetiva de una idea.

¿De acuerdo? Ahora bien, observen que al usar la frase «realidad objetiva», se refiere a una cualidad de la idea, no a su contenido, ya que, en una teoría representacional del conocimiento, la idea es el objeto inmediato del pensamiento. Pensamos nuestras ideas y las usamos para referirnos a cosas externas. Por lo tanto, es la idea la que tiene realidad objetiva.

Las cosas externas deben tener al menos un grado de realidad formal tan grande como la idea de realidad objetiva, lo cual es otra forma de decir que la causa de una idea debe ser al menos tan grande como su efecto. ¿Captan esos paralelismos? Verán, la idea es un efecto de algo, causada por algo. La idea de Dios tiene un alto grado de realidad objetiva, tan clara, tan distinta, tan distintiva.

Así pues, la causa de la idea debe tener al menos un grado de realidad formal, es decir, realidad externa, en la naturaleza de las cosas. Y esa forma de hablar de la realidad formal debe ser tan grande como la realidad objetiva simplemente significa decir que la causa debe ser al menos tan grande como el efecto. Y si se preguntan, como nos preguntamos ayer, de dónde saca esta idea de causa y efecto, su respuesta es simplemente: «La naturaleza nos enseña».

Y encontrarán esa frase en este capítulo. La naturaleza nos enseña que la realidad formal debe ser tan grande como la realidad objetiva. Ahora bien, si la naturaleza nos lo enseña, entonces la idea de causa y efecto es una idea fortuita.

Es una idea que aprendemos con la experiencia. Una idea causada por nuestra experiencia con las cosas externas. Que la causa es al menos tan grande como el efecto.

Es una idea fortuita. Pero, dada la relación causa-efecto, la realidad formal y la realidad objetiva, a la luz de la naturaleza, ciertas cosas empiezan a desprenderse. Ahora bien, si consultan la antología en la página 38, retomaremos la línea de pensamiento, y como resulta un poco confusa a primera vista, permítanme destacar los puntos más destacados.

Creo que debo haber leído esta meditación muchas veces antes de captar algo de esto. Al final de la primera columna de la página 38, define la idea de Dios. La idea por la que concibo a un Dios.

Soberano, eterno, infinito, inmutable, omnisciente, todopoderoso, creador de todo lo que existe fuera de sí mismo. Esa es una concepción bastante bien definida de un ser teísta. Eterno, infinito, inmortal, soberano, omnisciente, todopoderoso, creador de todo lo que existe fuera de sí mismo.

Esto, digo, ciertamente contiene una realidad más objetiva que las ideas que representan las sustancias finitas. La principal distinción es la concepción de un ser infinito con respecto a esos atributos. Y es evidente, por la luz natural, la luz de la naturaleza, que debe haber tanta realidad en la causa eficiente y total como en el efecto.

¿De dónde puede el efecto extraer su realidad si no es de su causa? Y así sucesivamente. Luego, al final del 39, resume esta línea de pensamiento inmediata para resumir qué conclusión debo extraer de todo esto. Es esta.

Si la realidad objetiva o la perfección de cualquiera de mis ideas es tal que me convence claramente de que esta misma realidad no existe en mí ni formal ni eminentemente, y si, como se desprende de ello, yo mismo no puedo ser la causa de ella, entonces es una consecuencia necesaria que no estoy solo en el mundo. Ese solipsismo del que hablamos la última vez, ese solipsismo de que yo y solo yo existo, es falso. Hay otro ser además de mí que existe como causa de esa idea de un ser perfecto.

Bueno, entre mis ideas, además de la que me representa, respecto a la cual no puede haber ninguna dificultad, ya lo hemos resuelto, hay una que representa a Dios. Y se centra de nuevo en el concepto de Dios. Así que, bien, hasta ahora, lo que está haciendo es configurar el aparato lógico que va a utilizar.

La noción de realidad objetiva en contraposición a la realidad formal, la relación causa-efecto que indica su futuro. Bueno, a mitad de la página 40, segunda columna, en el párrafo central de la página 40, segunda columna, llega a la idea de Dios, define de nuevo. Con el nombre de Dios entiendo una sustancia infinita, eterna, inmutable, independiente, omnisciente, todopoderosa, por la cual yo, yo mismo y todo lo que existe, si es que lo hay, fuimos creados. Bueno, en esencia, la misma definición.

Pero estas propiedades son tan grandes, tan excelentes, que cuanto más las considero, menos convencido estoy de que la idea que tengo de ellas se origine solo en mí. Ahora bien, lo que dice aquí es que la idea que tengo de Dios es involuntaria. No soy la causa de ella.

Es absolutamente necesario concluir, por lo tanto, que Dios existe. Pues aunque la idea de sustancia esté en mi mente, debido a que yo mismo soy una sustancia, no tendría la idea de una sustancia infinita, puesto que soy un ser finito, a menos que esa idea de una sustancia infinita me fuera dada por alguna sustancia en realidad infinita. Verán, la causa debe ser al menos tan grande como el efecto.

Bien, continúa, en el primer párrafo completo de 41, para hablar de la idea como muy clara y distinta. El comienzo del siguiente párrafo es la idea de un ser supremamente perfecto e infinito en el grado más alto de verdad. Hacia el final de la segunda columna de 41, Dios es realmente infinito, por lo que nada podría añadirse a su perfección.

Perfecto en todos los aspectos. Y pregunta cómo él mismo, y luego pregunta en el punto 42, cómo él mismo, como criatura finita, pudo siquiera existir. ¿Cómo es que yo, una criatura finita, puedo pensar en un ser infinito? ¿Cómo es posible si no hay Dios? Entonces, para que yo pueda pensar en eso, debe haber un Dios que me haga existir y poder pensar en eso.

De modo que incorpora estas tres nociones. Una, que la idea de Dios posee el máximo grado de realidad objetiva, claridad y distinción. Es la idea de un ser infinito.

Se basa en el reconocimiento de que la idea de Dios es involuntaria por parte del ser humano. No podría haberla causado yo mismo. Y, en tercer lugar, la existencia misma del ser pensante.

La mente necesita explicación. Y su conclusión, por lo tanto, aparece al final de la segunda columna del 43. Bueno, al final de la segunda columna.

Acaba de descartar a sus padres como causa. De modo que, en el párrafo que termina a mitad de la segunda columna del 43, es necesario concluir que soy y poseo la idea de ser absolutamente perfecto, de Dios, cuya existencia queda claramente demostrada. No lo he deducido —continúa— de los sentidos.

Es decir, no es accidental. No es pura producción ni ficción de mi mente. No es artificial.

En consecuencia, queda la alternativa de que sea innata, del mismo modo que lo es la idea de mí mismo. En realidad, no es de extrañar que Dios, al crearme, implantara

esta idea en mí para que sirviera, por así decirlo, como la marca del artesano impresa en su obra. No siempre es necesario que la marca sea diferente de la obra misma, pero considerando únicamente que Dios es mi creador, es muy probable que, de alguna manera, me haya formado a su imagen y semejanza, y que yo perciba esta semejanza, en la que se contiene la idea de Dios, por la misma facultad con la que me percibo a mí mismo.

Sí, al comprenderme como una cosa pensante finita, ¿ves?, encuentro una imagen de la cosa pensante infinita: Dios. El efecto da testimonio de la causa.

Así, cuando me convierto en objeto de reflexión, no solo descubro que soy un ser incompleto y dependiente, que aspira incesantemente a algo mejor y mayor, sino que también tengo la certeza de que aquel de quien dependo posee todos los bienes a los que aspiro, y por lo tanto, es Dios. La fuerza del argumento reside en que percibo que no podría ser de la naturaleza que soy y, sin embargo, tener en mente la idea de Dios, si Dios no existiera en realidad. Este mismo Dios, cuya idea está en mi mente, con todas estas elevadas perfecciones, de las cuales la mente puede tener una ligera concepción, sin poder, sin embargo, comprenderlas plenamente, es completamente superior a todo defecto.

Así queda suficientemente claro que no puede ser un engañador, ya que es un dictado de la luz natural que todo fraude y engaño surgen de algún defecto. Y su conclusión, por lo tanto, no es simplemente que Dios existe, su creador y, por lo tanto, la causa de la idea de Dios, sino que el Dios que existe es un ser perfecto que no engaña; no podría ser un engañador. Y en esa última frase, añade una afirmación adicional de la que dependerá la cuarta meditación.

Dependerá de eso, debido a la hipótesis que forma parte de las consideraciones escépticas iniciales en la meditación uno: que quizás Dios nos esté engañando, o que exista algún ser maligno que nos esté engañando. Así que, si Dios es nuestro creador, debemos estar bastante seguros de que no nos está engañando al crearnos como nos creó. Pero si Dios es completamente perfecto en todos los aspectos, no nos engañaría.

Así que nuestras facultades creadas no son engañosas. Y la línea de pensamiento de la meditación cuatro desarrolla ese tema al abordar el problema del error. Bien, demos un paso atrás en el argumento a favor de la existencia de Dios y analicémoslo por un momento.

Supongo que la forma más sencilla de definirlo es que es un argumento de causa y efecto a favor de la existencia de Dios. Un argumento de causa y efecto. Dije que no es un argumento cosmológico.

No parte del cosmos, del cosmos físico. No es un argumento teleológico que parte del diseño ordenado del cosmos, como lo hizo Tomás de Aquino. Pero sigue siendo un argumento de causa y efecto.

El efecto es la existencia de una mente y su idea de Dios. Idea a partir de eso. Argumento a partir de eso.

No se trata de un argumento ontológico, que en el caso de Anselmo se basaba en intentar analizar la idea de Dios y demostrar que sería una contradicción lógica negar su existencia. No es eso lo que se plantea aquí. Pero Descartes, en la Meditación 5, sí desarrolla un argumento ontológico.

¿De acuerdo? Pero todavía no. Así que no confundas el argumento ontológico de la Meditación 5 con el argumento causal de la Meditación 3. ¿Entiendes la diferencia? Bueno, si te preguntas por qué dejaría el argumento ontológico hasta la Meditación 5, ¿por qué no abordarlo todo de una vez en la Meditación 3? La respuesta es que no tiene suficientes premisas lógicas. Que intenta hacerlo de forma deductiva y sistemática.

Porque para elaborar un argumento ontológico, debe tener confianza en que lo que la razón humana considera lógicamente necesario lo es. No causalmente necesario, sino lógicamente necesario. Así que, si se analiza la lógica interna del concepto de Dios al formular un argumento ontológico, se debe confiar en las leyes que rigen la razón humana.

Y eso es lo que le espera en la Meditación 4. Así que no puede abordar la parte ontológica hasta que haya terminado la Meditación 4. ¿Comentario? ¿Pregunta? ¿Seguiste la línea de pensamiento o quieres retomarla? Sí. Buena pregunta. Porque la metáfora de la luz y la iluminación, sí, la metáfora de la luz y la iluminación es algo que hemos estado encontrando desde Platón en adelante.

Verás. En la tradición cristiana, creo que comienza más claramente con Agustín, donde la iluminación es la luz del logos divino que ilumina la mente humana para ver las rationes, esas verdades eternas, los pensamientos. Sin embargo, esa noción del logos que ilumina la mente parece tomar dos direcciones diferentes en la época medieval.

Una, obviamente, se encuentra en la tradición agustiniana, que, como mencioné, se manifiesta en personas como Buenaventura, quienes hablan del logos que ilumina la mente en lugar de seguir la epistemología aristotélica. ¿Recuerdan? Por otro lado, mientras que Aquino retoma la doctrina del logos de Agustín en términos de su ejemplarismo, las ideas arquetípicas en la mente de Dios, Aquino no habla del logos divino que ilumina la mente humana, sino de la luz de la razón. La luz de la razón.

La luz, si se quiere, de la razón natural. Ahora bien, la diferencia es sutil, porque la noción agustiniana de la iluminación no se limita a iluminar las mentes de los creyentes, como se manifiesta en teología, sino que se refiere a la noción de Juan, capítulo uno, de que el logos ilumina a todo el que viene al mundo. En otras palabras, un conocimiento humano general de los universales es posible gracias a la luz que proyecta el logos. en la mente humana.

No se refiere simplemente a iluminar la mente con respecto a lo que enseñan las Escrituras. Se trata, pues, de una iluminación de las capacidades naturales de la mente. Pues bien, aquí, en Aquino, como ven, es la capacidad natural la que ilumina .

No es la luz sobre las capacidades naturales, sino que las capacidades naturales arrojan luz. Al menos, así suena en Aquino, pero cuando se llega a Descartes, creo que es explícitamente así. La luz de la razón.

La luz natural de la razón. La luz de la naturaleza, ¿ven? Y es esa noción la que subyace a la Ilustración del siglo XVIII.

Dios dijo: «Que Newton exista», y todo fue luz. ¿De dónde vino la luz? Del razonamiento científico de Newton. Así que creo que es una buena pregunta.

Distingue entre la tradición agustiniana y la cartesiana. Sí, sí. Así que incluso en la más profunda duda, la mente no está en tinieblas, pero, oh, ya veo, incluso en la más profunda duda, debo existir.

Hay luz en la oscuridad. ¿Sabes por qué usa la metáfora visual de una idea clara y nítida? ¿Lo ves? Bueno, tiene que haber algo de luz en la mente para que sea clara y nítida.

Parece que, de alguna manera, quizá no lo estoy entendiendo bien. Si nuestro conocimiento de Dios depende de nuestra capacidad para pensar estas ideas, entonces parece que la idea de Dios es subjetiva. Bueno, sí, pero ¿y qué? Es decir, ¿puede alguien tener una idea de Dios si no piensa en ideas? Por eso los perros no tienen ideas de Dios. No piensan en ideas.

Tienen imágenes sensoriales, quizá, pero no ideas abstractas. ¿Es la idea de Dios simplemente subjetiva? Sí, y eso es precisamente lo que Marx, Freud y demás dicen. Pero la cuestión es que una idea existe en la mente.

La pregunta no es si la idea existe en la mente. Eso es una tautología. La pregunta es si es verdadera, si hay algo en la realidad que corresponda a la idea en la mente.

Así que no es realmente una prueba de la existencia de Dios. Es una prueba, en realidad, de la existencia de Dios. No, no, la idea de Dios es algo dado.

Dijo: « Tengo esta idea ». La pregunta es: ¿de dónde la saqué? ¿Lo ves? Elimina el hecho de que podría ser una ficción de su propia imaginación, lo que significaría que le estaría negando a Freud. Esto no es la proyección de mi complejo de Edipo.

¿Lo ves? No es algo que me haya inventado. Dice que no es fortuito. No es algo causado por otros factores según mi experiencia.

En ese sentido, no se parece a la idea de un cuerpo físico que he visto. No, parece ser innata. Una idea innata es muy clara, muy distinta.

¿Lo ves? Esta idea de un ser infinito es algo grandioso. ¿Qué clase de causa tiene? Bueno, la causa debe ser al menos tan grande como el efecto. Debe ser precisamente el tipo de ser del que tuve la idea.

Ahora, quizá pienses que el argumento es demasiado fácil y que hay algo malo en él. Creo que sí. Creo que sí.

Creo que puedes señalar el problema, al menos a nivel de síntoma , con bastante facilidad. Es decir, que si bien tiene la idea de un ser infinito y perfecto, no tiene una idea perfecta de un ser infinito y perfecto. Por lo tanto, la idea no es la idea más grande posible.

Así que la causa tampoco tiene por qué ser así. Verán, ese es el síntoma. Se preguntarán, ¿por qué entonces no lo entiende? Y creo que la cuestión es que no comprende lo suficiente los factores que intervienen en el desarrollo de las ideas humanas, incluyendo la idea del infinito.

Lo ves? ¿Y por qué? Bueno, creo que es porque existe una tradición que viene de la antigüedad y la Edad Media, según la cual el concepto de infinito es impensable. Es algo que la mente humana no puede comprender: el concepto de infinito. Sin embargo, aquí tengo la concepción de un ser infinito.

En las matemáticas más recientes, sí, ha habido intentos de conceptualizar la noción de infinito y cómo se desarrolla. La forma más sencilla de explicar cómo se llega al concepto de infinito es simplemente decir: «Bueno, tienes una idea de algo grande y piensas extrapolando, extrapolando y extrapolando un poco más, por favor. Y así sucesivamente».

Y lo que se obtiene es el concepto de infinito. Así que se puede explicar el concepto de infinito. No, pero creo que, en términos de su epistemología, el problema subyacente es que este criterio, este criterio intuitivo de verdad, claridad y distinción, simplemente no es tan fiable.

Tengo un amigo que solía decir que la única respuesta necesaria para alguien que dice que esta idea es perfectamente clara y distinta es: "Bueno, me temo que no lo es para mí". O si no, bueno, espera a que termine contigo. Ya ves.

Hay claridad y distinción, lo cual es cuestión de grado, y podemos creer que tenemos algo perfectamente claro en un trabajo o examen, y luego, al recibirlo, nos damos cuenta de que no lo tenemos claro. Ya sabes, es un ejemplo de la experiencia. Así que creo que ahí radica el problema.

Pero se puede ver lo que hace, y lo que más intento destacar de Descartes en este momento es su método. Las limitaciones de este método fundacionalista son lo que descubrimos a medida que se desenreda la línea de pensamiento. ¿David? Bueno, necesita una premisa sobre la fiabilidad de la razón humana.

Es decir, la fiabilidad de la razón humana al seguir las leyes de la lógica, que son fiables. Sí. Eso es lo que necesita.

Bien, e inmediatamente te encuentras con una objeción importante.